

LOS PRISIONEROS DEL CÁUCASO

Las montañas del Cáucaso hállanse desde hace mucho tiempo enclavadas en el imperio de Rusia sin pertenecerle. Sus feroces habitantes, separados por el lenguaje y por intereses diversos, forman gran número de pequeñas hordas ó kabilas que mantienen entre sí escaso número de relaciones políticas, pero que viven todas animadas por el mismo amor á la independencia y al pillaje.

Una de las hordas más numerosas y terribles es la de los *tchetchenges* que habitan la grande y la pequeña Kabarda, provincias cuyos altos valles se extienden hasta las cúspides del Cáucaso. Los hombres son bien parecidos, valerosos, inteligentes, pero ladrones y crue-

les, y viven en estado de guerra casi perpetuo con las tropas de *la linea* ¹.

En medio de estas peligrosas kabilas y en el mismo centro de esta inmensa cadena de montañas, Rusia ha establecido un camino de comunicación con sus posesiones de Asia. Reductos colocados de distancia en distancia, aseguran el camino hasta Georgia; pero ningún viajero se atrevería á exponerse recorriendo solo el espacio que los separa.

Dos veces por semana, un destacamento de infantería, con un cañón y considerable partida de cosacos, escolta á los viajeros y los despachos del gobierno. Uno de estos reductos, situado en el desfiladero de las montañas, se ha convertido en un pueblecillo bastante populoso. Su situación ha hecho que se le diera el nombre de *Wladi-Cáucaso* ²; sirve de residencia al jefe de las tropas que hacen el penoso servicio de que acabamos de hablar.

El comandante Kaskambo, del regimiento de Wologda, gentilhombre ruso, de familia originaria de Grecia, debía ir á tomar el mando del puesto de Sars, en las gargantas del Cáucaso. Impaciente por llegar á su destino, y valiente hasta la temeridad, tuvo la imprudencia de emprender este viaje con la escolta de unos cincuenta cosacos de que disponía, y la imprudencia,

1. Así se designa á la tropas rusas que guardan los puestos entre el mar Caspio y el mar Negro desde la desembocadura del Terek hasta la del Cuban.

2. *Wladi* proviene del verbo ruso *wladeti*, que significa *mandar, dominar*.

mayor todavía, de hablar de su proyecto y alabarse de él antes de ejecutarlo.

Los tchetchenges que están cerca de las fronteras y á quienes se llama tchetchenges pacíficos, están sometidos á Rusia y tienen por consecuencia libre acceso á Mosdok; pero en su mayor parte conservan relaciones con los montañeses y van á menudo á medias en sus rapiñas. Estos últimos, informados del viaje de Kaskambo y del día mismo de su partida, fueron en gran número al camino por donde debía pasar y le prepararon una emboscada. Á unas veinte verstas de Mosdok, al rodear una colinita cubierta de matorrales, fué atacado por setecientos hombres á caballo. La retirada era imposible; los cosacos se apearon y sostuvieron con firmeza el ataque, esperando socorros de las tropas de un reducto que no se hallaba lejos.

Los habitantes del Cáucaso, aunque individualmente muy valientes, son incapaces de atacar en masa, y poco peligrosos, en consecuencia, para tropa bien disciplinada y resuelta; pero tienen buen armamento, y sus tiros son certeros. Su gran número en la presente ocasión hacia el combate demasiado desigual. Después de prolongado fuego de fusilería, más de la mitad de los cosacos estaban muertos ó fuera de combate; el resto había construido con los caballos muertos un baluarte circular, tras el cual dispararon sus últimos cartuchos. Los tchetchenges, que llevan siempre consigo en sus expediciones desertores rusos, de quienes se sirven como intérpretes en caso necesario, hicieron gritar á los cosacos:

— ¡Entregadnos al comandante, ó seréis todos muertos hasta el último!

Kaskambo, viendo segura la pérdida de su gente, resolvió entregarse él mismo para salvar la vida de los que quedaban: dió su espada á los cosacos y avanzó solo hacia los tchetchenges, cuyo fuego cesó en seguida, no siendo otro su objeto que hacerle prisionero para obtener por él un rescate. Apenas se hubo entregado á los enemigos, vió aparecer á lo lejos el auxilio que le enviaban: era demasiado tarde; los malhechores se alejaron con rapidez.

Su *denchik*¹ se había quedado atrás con el mulo que llevaba el equipaje del comandante. Oculto en un barranco esperaba el resultado del combate, cuando los cosacos le encontraron y le hicieron saber la desgracia de su amo.

El bravo asistente resolvió en el acto compartir su suerte, y se encaminó hacia el lado por donde los tchetchenges se habían retirado, conduciendo el mulo y guiándose por la huella de los caballos. Cuando empezaba á perderla en la obscuridad, encontró á un rezagado enemigo que le condujo al punto de cita de los tchetchenges.

Puede formarse idea del sentimiento que experimentó el prisionero viendo á su asistente venir voluntariamente á compartir su mala suerte. Los tchetchenges se distribuyeron luego el botín obtenido, no dejando al comandante más que una guitarra que encontraron en

1. Asistente.

su equipaje y que le devolvieron por burla. Iván¹, — éste era el nombre del *denchik* — se apoderó de ella y negóse á tirarla como su amo le aconsejaba.

— ¿Por qué descorazonarnos? le decía. *El Dios de los rusos es grande*²; el interés de los bandidos está en conservaros, de modo que no os harán daño alguno.

Después de un descanso de algunas horas, la horda iba á ponerse en marcha, cuando uno de los suyos, que acababa de reunirseles, anunció que los rusos continuaban avanzando y que, probablemente, las tropas de los otros reductos se juntarían para perseguirles. Los jefes celebraron consejo: tratábase de ocultar su retiro, no solamente para guardar al prisionero, sino para apartar al enemigo de sus pueblos y evitar así las represalias. La horda se dispersó por distintos caminos. Diez hombres á pie fueron destinados á conducir á los prisioneros, mientras que un centenar de caballos permanecieron reunidos y marcharon en dirección diversa de la que debía tomar Kaskambo. Quitaron á éste sus botas claveteadas, que hubieran podido dejar huella fácil de reconocer sobre el camino, y le obligaron, así como á Iván, á caminar descalzo una parte de la mañana.

Llegados cerca de un torrente, la pequeña escolta lo remontó á lo largo de la orilla sobre el césped por espa-

1. Llamábase Iván Smirnoff, que pudiera traducirse por *Juan el dulce*, lo que contrastaba singularmente con su carácter, como se verá después.

2. Proverbio familiar de los soldados rusos en momentos de peligro.

cio de media versta, y descendió al sitio en que las orillas eran más escarpadas, en medio de espinosos matorrales, evitando cuidadosamente dejar señales de su paso. El comandante estaba tan fatigado, que, para llevarle hasta el riachuelo, fué preciso sostenerle por medio de cinturones. Sus pies estaban ensangrentados: decidiéronse á devolverle el calzado para que pudiera acabar el camino que quedaba por hacer.

Cuando llegaron al primer pueblo, Kaskambo, más enfermo todavía de pena que de fatiga, pareció á sus guardianes tan débil y deshecho que temieron por su vida y le trataron más humanamente. Diéronle algún descanso y caballo para la marcha; pero á fin de despistar á los rusos, y de colocar al mismo prisionero fuera de condiciones para noticiar á sus amigos el sitio de su retiro, transportáronle de pueblo en pueblo y de valle en valle, teniendo la precaución de vendarle varias veces los ojos. Así pasó un río caudaloso que juzgó ser el Sonja. Cuidáronle mucho durante estas correrías, concediéndole alimento suficiente y el descanso necesario. Pero cuando hubo llegado al último apartado pueblo en el cual debía quedar guardado definitivamente, los tchetchenges cambiaron de repente de conducta con respecto á él, y le hicieron sufrir toda clase de malos tratamientos. Aherrojáronle de pies y manos y pusieronle una cadena al cuello, al extremo de la cual iba atado un tronco de encina. Al denchik, lo trataban con menos dureza; sus cadenas eran más ligeras y hasta le era permitido servir en algunas cosas á su amo.

En esta situación y á cada nueva vejación que recibía,

un hombre que hablaba en ruso iba á verle y le aconsejaba que escribiera á sus amigos para obtener su rescate, que habían fijado en diez mil rublos. El desgraciado prisionero no estaba en situación de pagar tan fuerte suma, y no conservaba otra esperanza que la protección del gobierno, que había rescatado, algunos años antes, á un coronel, caído, como él, en manos de bandidos.

El intérprete le prometía darle papel y hacer llegar la carta; pero después de haber obtenido su consentimiento, no volvió á aparecer en muchos días, y este tiempo fué empleado en endurecer más y más los males del comandante. Priváronle de alimento, quitáronle la estera sobre la cual dormía y la montura del caballo que le servía de almohada; y cuando, por fin, volvió el medianero, le anunció, á manera de confidencia, que si negaban la suma exigida ó se retardaba el pago, los tchetchenges estaban decididos á deshacerse de él, para ahorrarse el gasto y las inquietudes que les causaba. El objeto de su conducta cruel era obligarle á escribir de una manera más urgente. Le dieron al cabo papel y una caña cortada, según costumbre tártara; quitáronle los hierros que oprimían sus manos y su cuello á fin de que escribiera con libertad, y cuando la carta estuvo escrita tradujéronla á los jefes, quienes se encargaron de hacerla llegar al comandante de la línea.

A partir de aquel momento fué tratado con menos dureza, y no le cargaron más que con una sola cadena que le ataba el pie y la mano derecha.

Su huésped, ó, por mejor decir, su carcelero, era un

viejo de sesenta años, de estatura gigantesca y feroz aspecto, que no desmentía su carácter. Dos de sus hijos habían muerto en un encuentro con los rusos, circunstancia que le había hecho ser elegido entre todos los habitantes del pueblo para servir de guardián al prisionero.

La familia de este hombre, llamado Ibrahim, se componía de la viuda de uno de sus hijos, de treinta y cinco años, y de un niño de siete á ocho, llamado Mamet. Su madre era tan perserva, y más caprichosa todavía que el viejo guardián. Kaskambo tuvo que sufrir mucho; pero las caricias y la familiaridad del joven Mamet fueron para él una distracción y hasta un apoyo real en sus desdichas. Este niño le tomó tan grande afecto, que las amenazas y los malos tratamientos de su abuelo no podían impedirle que fuera á jugar con el prisionero siempre que se le presentaba ocasión. Había dado á este último el nombre de *Koniak*, que en la lengua del país significa huésped y amigo. Compartía secretamente con él los frutos que podía procurarse, y durante la abstinencia forzada que habían hecho sufrir al comandante, Mamet, compadecido, aprovechaba diestramente la momentánea ausencia de sus padres para llevarle pan ó patatas cocidas al rescoldo del hogar.

Algunos meses habían transcurrido desde el envío de la carta, sin que ocurriera nada notable. Durante este intervalo, Iván había sabido granjearse la benevolencia de la mujer y del viejo, ó, por lo menos, había logrado hacerse necesario. Sabía todo el arte de la cocina de un oficial de destacamento. Hacía perfectamente el *kis-*

*litchi*¹; preparaba los pepinos salados, y había acostumbrado á sus huéspedes á los pequeños regalos que iba introduciendo en su casa.

Para obtener mayor confianza, se había convertido para ellos en una especie de bufón, imaginando cada día alguna nueva broma para divertirlos : á Ibrahim le gustaba sobre todo verle bailar la cosaca. Cuando algún habitante del pueblo iba á visitarles, quitaban á Iván sus hierros y le hacían bailar, lo cual ejecutaba siempre contento, añadiendo cada vez alguna nueva ridícula pirueta. Habíase procurado por medio de esta conducta constante la libertad de recorrer el pueblo, á través del cual le seguía ordinariamente un grupo de niños atraídos por sus bufonadas; y como comprendía la lengua tártara, aprendió bien pronto la del país, que es un dialecto que tiene gran parecido con aquélla.

El mismo comandante se veía á menudo obligado á cantar con su asistente canciones rusas, y á tocar la guitarra para divertir á la feroz sociedad. Al principio le desembarazaban de los hierros que oprimían su mano derecha cuando de él exigían esta complacencia; pero habiendo observado la mujer que á veces, á pesar de los hierros, tocaba para ahuyentar el malhumor, en adelante ya no le concedían la misma gracia, y el desventurado músico se arrepintió más de una vez de haber dado á conocer su habilidad. Ignoraba entonces que su guitarra contribuiría un día á devolverle la perdida libertad.

1. Bebida rusa : es una especie de cerveza hecha con harina.

Para obtener esta libertad deseada, los dos prisioneros formaban mil proyectos, todos ellos de difícil ejecución. A su llegada al pueblo, los habitantes enviaban cada noche, por turno, un hombre para aumentar la guardia. Insensiblemente esta precaución fué descuidada. A menudo dejaba de venir el centinela; la mujer y el niño se acostaban en un cuarto próximo, y el viejo Ibrahim permanecía solo con ellos; pero guardaba cuidadosamente consigo las llaves de los hierros, y se despertaba al más pequeño ruido. De día en día el prisionero era tratado con más rigor. Como la contestación á sus cartas no llegaba, los tchetchenges iban á menudo á su prisión para insultarle y amenazarle con los más crueles tratamientos. Se le privaba de la comida, y tuvo un día la pena de ver cómo pegaban sin compasión á Mamet por algunos níspers que este niño le había llevado.

Una circunstancia notable en la penosa situación en que se encontraba Kaskambo, era la confianza que en él tenían sus propios enemigos y la estimación que les había inspirado. Mientras que estos bárbaros le hacían sufrir continuas vejaciones, iban á consultarle con frecuencia y á tomarle por árbitro en sus asuntos y en las disputas que tenían entre sí. Entre otras cuestiones de que se le hizo juez, la siguiente merece ser citada por su singularidad.

Uno de esos hombres había confiado un asignado ruso de cinco rublos á un camarada que partía para un valle vecino, encargándole que lo entregara á un tercero. El comisionado perdió su caballo, que murió en el camino, y se persuadió de que tenía derecho á con-

servar los cinco rublos como indemnización de la pérdida que había experimentado. Este razonamiento, digno del Cáucaso, no fué muy del agrado del dueño del dinero. Al regreso del viajero, hubo gran ruido en el pueblo. Estos dos hombres habían reunido á su alrededor á sus parientes y amigos, y la disputa hubiera podido hacerse sangrienta, si los ancianos de aquella horda, después de haber intentado vanamente apaciguarles, no les hubieran aconsejado que sometiesen su causa á la decisión del prisionero. Toda la población fué tumultuosamente á su casa para saber más pronto el desenlace de este ridículo proceso. Kaskambo fué sacado de su prisión y llevado á la plataforma que servía de techo ó azotea de la casa.

La mayoría de las habitaciones, en los valles del Cáucaso, están en parte abiertas en el suelo, y no se elevan sobre éste más que tres ó cuatro pies; el techo es horizontal y formado por una capa de arcilla prensada. Los habitantes, sobre todo las mujeres, van á descansar sobre estas azoteas después de ponerse el sol, y á menudo pasan allí la noche en la primavera y verano.

Cuando Kaskambo apareció sobre el techo, hizose un profundo silencio. Nada tan extraño, sin duda, como la formación de este singular tribunal, viendo á pleiteantes furiosos armados de pistolas y puñales, someter su causa á un juez encadenado, medio muerto de hambre y de miseria, que, sin embargo, juzgaba en última instancia, y cuyas decisiones era siempre respetadas.

Desesperando de hacer entender la razón al acusado,

el comandante le hizo aproximar, y para poner, al menos á los burlones, del lado de la justicia, le dirigió el siguiente interrogatorio :

— Si en vez de darte cinco rublos para entregar á su acreedor, tu camarada te hubiera encargado solamente que le llevaras los *buenos días*, ¿tu caballo no hubiera muerto lo mismo?

— Tal vez, respondió el deudor.

— Y en ese caso, añadió el juez, ¿qué hubieras hecho de los *buenos días*? ¿No te hubieras visto obligado á conservarlos en pago y darte por contento? Ordeno, en consecuencia, que devuelvas el asignado y que tu camarada te dé los *buenos días*.

Cuando esta sentencia fué traducida á los espectadores, grandes careajadas anunciaron á lo lejos la sabiduría del nuevo Salomón. El mismo condenado, después de haber disputado algún tiempo, se vió obligado á ceder y dijo, mirando el asignado :

— Ya sabía yo de antemano que había de perder, si ese perro cristiano se mezclaba en el asunto.

Esta singular confianza denota la idea que tienen esos pueblos de la superioridad europea y el sentimiento innato de justicia que existe entre los hombres más feroces.

Kaskambo había escrito tres cartas desde su detención, sin recibir respuesta alguna : un año había transcurrido. El desgraciado prisionero, falto de ropa y de todas las comodidades de la vida, veía minarse su salud y se abandonaba á la desesperación. Iván mismo había estado enfermo algún tiempo. El severo Ibrahim,

con gran sorpresa del comandante, había desembarazado al joven de sus hierros durante su indisposición, y le dejaba todavía en libertad. El comandante le interrogaba un día respecto á este particular :

— Señor, le dijo Iván, hace mucho tiempo quería consultaros sobre un proyecto que se me ha ocurrido. Creo que haría bien en hacerme mahometano.

— ¿Te vuelves loco?

— No, no estoy loco; para mí no hay otro medio de seros útil. El cura turco me ha dicho que cuando sea circuncidado, no se me podrá ya retener con hierros; entonces podré serviros, procuraros al menos buenos alimentos y ropa blanca; en fin, ¿quién sabe? Cuando yo sea libre... ¡El Dios de los rusos es grande! Veremos...

— Pero Dios mismo te abandonará, desgraciado, si le haces traición.

Kaskambo, riñendo á su criado, tenía que hacer esfuerzos para no reírse de su original proyecto; pero cuando quiso impedirle formalmente su realización :

— Señor, le respondió Iván, yo no puedo obedeceros ya, y en vano pretendería ocultároslo. Es cosa hecha : soy mahometano desde el día en que me habéis creído enfermo y en que me han quitado los hierros. Ahora me llamo Huessein. ¿Qué mal hay en esto? ¿No puedo volver al cristianismo cuando quiera y vos seáis libre? ¡Mirad, ya no tengo hierros y puedo romper los vuestros á la primera ocasión favorable, y tengo esperanzas de que ésta se presente.

Cumplióronle, en efecto, la palabra : ya en adelante

no estuvo encadenado y gozó de una mayor libertad: pero esta misma libertad estuvo á punto de serle funesta. Los principales autores de la expedición contra Kaskambo, temieron bien pronto que el nuevo musulmán desertara. La larga permanencia que entre ellos llevaba, y la costumbre que tenía de su lengua, le ponía en el caso de conocer á todos por sus nombres y dar sus señas á la tropa, si volvía: lo que les hubiera expuesto personalmente á la venganza de los rusos. Así es que desaprobaron vivamente el celo exagerado del cura. Por otra parte, los buenos musulmanes que le habían favorecido en el momento de su conversión, notaron que cuando hacía su plegaria sobre la azotea de la casa, según costumbre y como el *mollah* le había recomendado expresamente para conciliarse la benevolencia pública, mezclaba á menudo, por costumbre y por inadvertencia, los signos de la cruz á las prosternaciones que hacía en dirección á la Meca, ocurriendo con frecuencia que volvía á ésta la espalda: lo que hacía sospechosa la sinceridad de su conversión.

Algunos meses después de su fingida apostasía, hubo de advertir un cambio muy grande en las relaciones que mantenía con los habitantes, y no se equivocó en cuanto á los signos manifiestos de su malevolencia. Buscaba vanamente la causa de ello, cuando algunos jóvenes con quienes se hallaba particularmente unido, fueron á proponerle que les acompañara á una expedición que iban á emprender. Su proyecto era pasar el Tereck, para robar á algunos comerciantes que debían pasar en dirección á Mosdok; Iván aceptó su proposición sin va-

cilar. Hacía mucho tiempo que deseaba procurarse armas: prometiéronle una parte del botín. Pensó que viéndole volver junto á su amo, las personas que suponían que deseaba desertar, no tendrían ya las mismas razones para desconfiar de él. Sin embargo, habiéndose el comandante opuesto con todas sus fuerzas á este proyecto, parecía no preocuparse ya de ello, cuando una mañana vió Kaskambo, al despertarse, la estera sobre la que dormía Iván arrollada contra la pared: se había marchado durante la noche. Sus compañeros debían pasar el Tereck la noche siguiente y atacar á los comerciantes, cuyo camino conocían por sus espías.

La confianza de los tchetchengés hubiera debido hacer nacer alguna sospecha en el espíritu de Iván: no era natural, en efecto, que hombres tan astutos y desconfiados admitiesen á un ruso, su prisionero, en una expedición dirigida contra sus compatriotas. Súpose efectivamente, más tarde, que no le habían propuesto que les acompañara sino con la intención de asesinarle. Como su cualidad de recién convertido les obligaba á ciertos miramientos, se habían propuesto guardarle de vista durante el camino y deshacerse en seguida de él en el momento del ataque, dejando creer que había sido muerto en la refriega.

Solamente algunos hombres de la expedición estaban en el secreto; pero los sucesos hicieron fracasar su intento. En el momento en que la banda se había emboscado para atacar á los comerciantes, fueron ellos mismos sorprendidos por un regimiento de cosacos, cargándoles éste con tanta viveza, que les costó buen